

CONCLUSION.

Cerraré este insignificante trabajo con una ligera ojeada sobre lo que he dicho.

He recorrido á grandes pasos y á la luz de la historia, esa senda gloriosa que ha seguido el Pontificado, al traves de los siglos. A penas he tenido tiempo de detenerme un momento á contemplar ese Solio augusto sobre que se han sentado mil Pontífices. Un momento, sí; pero ¡cuánto ha gozado mi alma, y cuántas deliciosas é inesabables impresiones ha recojido mi corazón creyente en ese solo instante que he podido pararme á ver pasar los Papas y sus obras!

Su cortejo lo forma todo lo que hay de mas bello, de mas grande, de mas dulce sobre la tierra: la libertad de quien ellos han sido los mas celosos campeones: los pueblos antes esclavos y libertados ya por los Pontífices, que desataron con sus manos las ligaduras y rompieron en mil pedazos las cadenas bajo que gemian; los pueblos, sí, que en muestra de gratitud y de amor van en pos del Pontificado, entonando himnos de gloria á sus libertadores, los Pontífices romanos: las ciencias, las letras y las artes, que van depositando á los piés del trono pontificio, mil coronas de flores, que no se marchitan nunca, porque son las flores de la poesía, del ingenio y del saber: la filantropía, ó mas cristianamente hablando, la caridad, que lleva en sus manos el incensario de oro con que perfuma el ambiente que respiran los Papas, porque ellos han sido los que han sostenido y propagado, del uno al otro extremo del mundo, el dulce imperio de esa reina del cristianismo, los que han derramado, á torrentes, los ricos tesoros que esa hija del cielo guarda en su seno para la pobre humanidad: la civilizacion, en fin, que debe á los Papas su carrera, sus progresos, su inmenso desarrollo y su marcha cada dia mas gloriosa.

Todo esto lo he visto, respirando á penas, con el mismo arrobamiento y alegría con que el viajero fatigado llega á ver por su dicha un oasis en medio del desierto. ¡Ahl! ¿Por qué no me ha sido dado prolongar mi respetuosa visita al Pontificado? ¿Por qué mi mirada no ha podido fijarse, cual quisiera, en ese cuadro esplendente y magnífico? Nada: solo me he reducido á levantar, para llevarla con respeto y amor á mis labios, tal y cual hermosa reliquia, que he recogido de entre las innumerables que cubren el camino del Papado. Solo he consignado en mi pobre escrito uno que otro hecho de los Pontífices.

¡Quién sabe! Quizá la Providencia algun dia me depare, como se lo ruego, la felicidad de ser mas explicito. Hoy no podia decir mas de lo que dije. Ni la premura del tiempo, ni el objeto que me propuse, me dejaron toda la libertad que ambiciono.

No me propuse, como se ha visto, mas que desbaratar esa carcomida armazon de injurias que levantó D. Juan Amador, y creo haber conseguido mi intento, sin que en esto tenga ni la mas ligera vanidad. Dificil es sostener una causa perdida, como la del error: la verdad por sí misma es fuerte y ministra fácilmente armas y recursos al que milita bajo su vieja é invencible bandera.

Tampoco ha sido una necia fatuidad la que me ha dictado las palabras con que he intitulado este desaliñado escrito. Si lo llamo «Verdadera Historia de los Pontífices,» no es porque crea que estas tres páginas son su historia. ¡Oh, no! Los anales del Pontificado llenan el mundo: llamo á este cuaderno *verdadera historia*, porque lo que contiene, por poco que sea, es bebido de la verdadera fuente, de la verdadera Historia del Papado, en contraposicion de las mentiras, de los cuentos y de la *falsa historia* que contiene el cuaderno que he refutado.

Estas otras líneas que vengo añadiendo, son para hacer esta observacion que no tuve ocasion de consignar anteriormente y sobre la cual llamo la atencion del público ilustrado á quien me he permitido dirigirme. El libelo que impugno, habla de aquellos Pontífices que bajo algun aspecto creyo vulnerables; los escojió y agrupó sobre ellos centenares de supuestos crímenes. Pero esos Pon-

ifices no son todos, ni la mitad siquiera, de los que cuenta la Iglesia romana.

Ahora bien: esos Papas de que habla el cuaderno cien veces citado, lejos de estar manchados, como se pretende, no están sino cubiertos de gloria por sus virtudes y sus eminentes servicios hechos al mundo, como se acaba de ver en lo que dejo escrito y probado con mil y mil testimonios que he hallado hasta en los enemigos de la comunión católico-romana.

¿Qué deberemos, pues, pensar de las otros que ni el mismo D. Juan Amador se ha atrevido á tocar? ¿qué juicio deberá formar el público, aunque no conozca la historia del Pontificado, de esos otros Papas que un escritor de tanta mala fé como ese, ha dejado en el olvido?

Cualquiera ve que ese silencio es la mas elocuente apología, la confesion mas paladina, de que esos otros cien Pontífices no tienen sino la mas limpia y brillante hoja de servicios prestados al mundo, de virtudes y proezas con que alcanzaron la inmortalidad, el respeto, la admiracion y el reconocimiento de las generaciones.

Los que Amador quiere manchar, no están manchados, por mas que los haya rebuscado como mejor cuadró á sus innobles miras, lo repito mil veces. Los que dejó olvidados forman la mayor parte.

Luego los católicos podemos concluir, levantando nuestra frente y rebosando el pecho de noble orgullo. El Pontificado es la honra del mundo y la eterna gloria del catolicismo. *El Papa es el Romano Pontífice á quien debemos entera obediencia.*

¡En pié ante el Pontificado!

¡De rodillas ante la obra eterna de Dios!

Guadalajara, Diciembre 1.º de 1867.

ÍNDICE

DE LOS

Pontífices de que se habla en este escrito.

	Págs.
Adriano I.....	53
Adriano II.....	59
Alejandro II.....	77
Adriano IV.....	88
Alejandro III.....	88
Alejandro V.....	110
Alejandro VI.....	119
Alejandro VII.....	145
Bonifacio I.....	43
Bonifacio II.....	45
Benedicto III.....	58
Bonifacio VI.....	61
Benedicto VI.....	68
Bonifacio VII.....	68
Benedicto VIII.....	72
Benedicto IX.....	72
Bonifacio VIII.....	75